

Escoger “mi” vida

José A. GARCÍA MONGE (Revista Sal Térrea, Santander).

1. Tierras de penumbra

En una película reciente, el protagonista, un maduro profesor de Oxford de los años 50, vive una vida confortable. Desde la carencia infantil de madre se ha instalado en un útero securizante, coherente, cerrado, explorado por el pensamiento, la idea, la lectura; una vida en que entretiene su narcisismo a través de tareas y rituales, de diálogos ingeniosos y brillantes; una vida “pensada”. A este profesor de Oxford se le ofrece, ya en edad madura, la posibilidad de elegir su vida, pasar del útero a la realidad, del pensamiento a la experiencia. La presencia de una mujer en su historia le ofrece la posibilidad de hacer una elección en la que el amor va a acarrearle dolor, felicidad, responsabilidad de adulto, riesgo e imposibilidad de tenerlo todo controlado. El protagonista pasa, de una vida decidida por otras instancias, por inercias y rutinas, a una vida elegida, con todo lo que supone. Nos sirve este anecdótico argumento cinematográfico para introducir el planteamiento de estas reflexiones. “Escoger mi vida” va a ser el acto de consciencia libre, fundante, de mi identidad adulta. Nada fácil, por todo lo que supone y acarrea, pero apasionadamente desafiante para pasar de una vida planificada a una vida elegida.

1.1. *La vida prefabricada*

El proceso vital, si sigue un desarrollo normal, procede de la vida prefabricada al bricolaje personal. De la vida diseñada desde fuera a la creatividad personal que va dejando la huella cada vez más honda de la individualidad única, irrepetible e insustituible que somos. La vida se nos da escogida; no sólo genéticamente orientada, sino a veces directa y explícitamente prefabricada. Se encarga un niño, y al nacer se le encarrila en una “vida”, se le programa una educación, se le orienta estrechamente hacia determinadas metas, se le amaestra para que responda adecuadamente a la cultura, y se le premia o castiga en función de los valores de los que orientan su vida.

No es que todo esto esté mal. Se trata de un andamiaje provisionalmente necesario o, sencillamente, útil, que ayudará en los primeros pasos del niño o en el acontecimiento adolescente. Tal vez, como ocurre en más de la mitad de la humanidad, desde otra perspectiva tercer-mundista al niño que nace se le condena a sobrevivir en una marginación que otros le han fabricado con los desperdicios de su bienestar. Se le condena a vivir una vida que otros han tirado al basurero.

1.2. *¿Quién decide mi vida?*

No sólo hablamos de una cierta dirección genética o del aprendizaje familiar o social. Nuestra vida está programada desde muchas instancias que van, desde lo económico, a lo más sutilmente cultural. Nuestra vida está decidida desde el mercado; la sociedad de consumo quiere saber, no quiénes somos, sino qué vamos a consumir, el dinero de que vamos a disponer, y nos va a motivar y programar en ese sentido; al final sólo seré un consumidor cuantificable, numéricamente identificable. Desde la política de intereses partidistas, soy y seré un elector (en caso, claro está, de democracia; en el

resto de la humanidad manipulada y oprimida por dictaduras, seré mano de obra barata o excedente humano inservible).

La publicidad, al condensar conductas y teledirigirlas, decide qué intereses voy a tener, hacia donde voy a dirigir mis gustos. De la misma manera que la moda decide cómo voy a vestir, la cultura decide cómo voy a pensar, valorar, aprender a esquivar la vida. La subcultura grupal, familiar, el apellido o el estatus van a decidir casi todo el resto. Verdaderamente, queda muy poco a la libertad del individuo; queda poco donde escoger.

La empresa, las instituciones de diferentes tipos, la religión, con su moral, tienen -es verdad- una palabra que decir, pero al ideologizarse pueden suplantar mi responsabilidad vital en función de intereses respetables, pero no del todo respetuosos de la libertad del individuo.

Los roles sociales tienen también un peso importantísimo en la planificación de mi vida. Es cierto que para funcionar ágilmente en grupo, en sociedad, necesitamos roles, pero a veces el consenso social que los normativiza se me impone férreamente. Con el fin de hacernos previsibles, de darnos una existencia sin sobresaltos, se nos restan las posibilidades de creatividad personal, se nos dificulta el ser personas dentro de esos roles, rostros detrás de esas máscaras.

La familia también nos maneja para evitar que nos manipulen, pero la dependencia aprendida en la familia de una manera estricta, producirá más tarde los frutos no deseables de acomodación y dependencia que nos permiten cambiar de amo, pero no ser verdaderamente libres. El hombre, la mujer, dimite de su vida diluyéndose en una sociedad enferma. Dejándose llevar por las diferentes corrientes que nos deciden desde fuera, incluso bajo el pretexto de hacernos un bien.

Preguntarse por quién decide mi vida es interrogarse por el *locus of control*. En la respuesta, forzosamente compleja, no podemos pasar por alto las fuerzas que influyen en mi decisión o decisiones desde eso que llamamos *inconsciente*. La tarea de construir un yo, tarea para toda la vida y de toda la vida, es la extensión de la consciencia. Rescatar lo que soy y quiero eficazmente ser desde mi realidad nebulosa. La consciencia me permite escoger. Me permitirá ser quien soy, ser quien quiero ser.

Esta tarea conlleva un diálogo con la realidad. Mi vida no es un acontecimiento individual, aislado, interior, sino una *encrucijada social*, un diálogo con la realidad: un barullo y un silencio.

Las amenazas contra la libre elección de mi propia vida, entre otras muchas, son el *autoritarismo* y la *permisividad*. El autoritarismo es la eficacia invasora de un poder decisorio que me manipula desde fuera. La permisividad, el "laissez faire", me hurta modelos de referencia que necesito para poder escoger y me abandona al zarandeo de todo viento cambiante. El autoritarismo me suplanta; es el otro quien, decidiendo en mí, me señala quién debo ser. La permisividad total me desorienta, disfrazada de confianza en mis propios recursos. El autoritarismo me mete en un molde de su retrato-robot; la permisividad me dice que no importa quién sea, que da lo mismo ser uno u otro. En los dos casos, no tengo yo el timón de mi propia vida.

Se trata, como vemos, de un difícil equilibrio: a quién o a qué doy poder para decidir mi vida. La respuesta sana sería: "admitiendo muchas fuerzas que me influyen, reservarme el campo de la decisión a mí mismo. No se trata de decidir ni con dependencias que me suplantan contra-dependencias que me permiten sólo elegir aquello que arremete al poder o a la autoridad en mi vida". Es verdad que existen muchas fuerzas -no hay campos neutrales y benevolentes- personales, institucionales, pero la capacidad de decidir, de escoger mi propia vida, debería madurar en mí a través de recursos personales, ayudado por una educación sana. La dificultad está muchas

veces en decidir “en contra” de personas significativas. Nos atenaza el miedo a la libertad, el miedo a frustrar las expectativas de esas personas o la desconfianza en nosotros mismos, que no nos permite aventurarnos en proyectos de vida distintos de los que esas personas significativas piensan para nosotros.

2. El riesgo de escoger

Escoger es un acto arriesgado. El problema de escoger está en el temor al error, a la equivocación, a la culpabilidad que nos acarrearía hacerlo “mal”. Escoger es ciertamente un riesgo. Este riesgo genera a veces tal intensidad de angustia o de miedo que puede resultar paralizante.

Los fantasmas que nos asustan en el proceso de escoger, entre otros muchos, suelen ser el deseo omnipotente o la dolorosa realidad limitada. El deseo omnipotente fantasea una total libertad *de*. La realidad limitada nos permite imaginar que estamos o somos personas totalmente condicionadas *por*. La realidad equilibrada es que tenemos una modesta libertad para escoger. Escogerme, si sé asumir mi elección, no hipoteca mi libertad, sino que me permite ejercitarla: hacerme más libre.

Escoger conlleva percibir, valorar, establecer prioridades, renunciar, elegir y comprometerse con lo elegido. Al escoger algo, estoy eligiendo ser alguien. Esto es muy importante, porque nuestras elecciones nos personalizan, aún con el riesgo de que, haciéndolas mal, nos puedan despersonalizar. Influidos por necesidades, a veces compulsivas o acuciantes, por deseos, por expectativas de otros, por premios o castigos, por aterradoras culpabilidades, por miedos o angustias, el acto de escoger es un acto densamente humano, amenazado por el bloqueo paralizante que nos impediría equivocarnos (y también vivir) y por la compulsión de una tempestad de movimientos producida más por la vida que nos lleva en su corriente que por llevar nosotros nuestra propia vida.

2.1. Vivirse desde fuera

Es verdad que en la vida tenemos una gran necesidad de seguridad (recordemos al profesor de Oxford en *Tierras de Penumbra*), pero esa necesidad de seguridad no nos permite enlatar la vida, protegerla de todo desgaste y de todo riesgo al escoger, optar sólo por su duración biológica. Esa necesidad de seguridad no nos autoriza a vivir como niños, con la vida decidida desde instancias parentales que envuelven como un útero y desresponsabilizan al niño de sus pequeñas encrucijadas. Lejos de repetirme o imitarme a mí mismo, la vida me invita, como una tarea, a descubrirme a mí mismo. Más allá de este descubrimiento, la sabiduría vital me llevará a trascenderme y olvidarme de mí mismo.

Si no escojo más que vivir, seré vivido y me tendré que conformar con sobrevivir, pensar en la vida, soñar la vida. Es decir, funcionar, no vivir. La vida pensada no es más que un ensayo de la vida vivida.

El concepto de vino no emborracha; lo que emborracha es la realidad bebida del vino. La vida vivida es la experiencia, es el fluir de experiencias. Solamente aquí nos encontramos maduramente con una existencia habitada por mí. Llevar el proceso de vivir, desde el útero a la tarea, pasa necesariamente por el acto de escoger.

3. Apropiarme de mi vida o escoger “mi” vida

Escoger “mi” vida puede tener varios sentidos: nos puede hablar de posesividad en mi vida, de administración de una corriente de vida que pasa por mí, soy yo y va más allá de mí; tal vez comporta un sentido identificador: soy un viviente; o un aspecto responsable: mi vida es mi respuesta, mi palabra y mi silencio.

Del “mi vida es mía” (reto, liberalismo y posesividad) dialéctico, al “yo soy mi vida”, que conlleva elección y compromiso, hay un camino de maduración. Al escoger mi vida, estoy eligiendo la única que puedo vivir en coherencia con quien soy. ¿Qué estoy escogiendo al elegir mi vida? Escojo ser mi cuerpo y en mi cuerpo; ser mi sexualidad y en mi sexualidad; ser mi realidad y en mi realidad; ser mis valores y en mis valores; ser yo ante los tús que elijo para verificarme. Elijo también mi argumento vital, como dicen algunos modelos psicológicos, mi guión existencial. Ese hilo conductor - parte consciente o menos consciente- que irá enhebrando decisiones y conductas para dar razón coherente de mi existencia feliz o desgraciada. Es verdad que, si tengo una visión profunda del hombre, sabré, sapiencialmente, que al escoger mi vida estoy haciendo una elección más grande que la actividad con la que lleno mi tiempo, que una profesionalidad. Sabré que en realidad no quepo en mi vida, que soy más grande que mi muerte. Sabré que puedo escoger mi propia muerte, no en el sentido de una opción de eutanasia, sino de existencia que desemboque en la muerte y la supere. Por eso puedo morir vivo e incluso “creer” que, si estoy “vivo”, no moriré jamás.

4. Autoconcepto y vida: Yo soy yo.

La vida vivida me permite hacer mi autoconcepto; la autoimagen auténtica y mi autoconcepto seleccionan mi vida, identificando lo que le es propio y lo que le es ajeno. Escoger mi vida supone tener claro mi autoconcepto y, en función de él, asumir lo que realmente soy, de una manera flexible, procesual, cambiante, integradora, pero totalmente coherente. Mi vida proclamará quién soy yo, y yo decidiré cuál es mi vida.

Sería una actitud equivocada, desde el punto de vista psicológico, negar la realidad que no encaja en mi autoconcepto. Negar aquel aspecto de mi vida que no identifico como mío, en lugar de, paciente y humildemente, cambiar mi autoconcepto para ajustarlo a la realidad. Fácilmente podemos tener un autoconcepto que no sólo no corresponde con lo que en verdad somos, sino que a veces es todo lo contrario, por lo menos en alguna de las dimensiones de nuestro ser. El autoconcepto me ayuda a decir simple y llanamente: “yo soy yo”. No olvidemos, sin embargo, que esa afirmación vale para un tramo de nuestra vida, y que las diferentes crisis existenciales irán invitándonos a cambiar nuestro autoconcepto dentro de una lógica afectiva interna y a flexibilizarlo para adecuarlo a la realidad de lo que somos, vamos siendo y llegamos a ser.

5. El arte de escoger la vida.

La vida es proyecto, tarea, llamada y don. Escoger “mi” vida supone elegir a qué o a quién quiero dar mi vida. Implica, primero, que mi vida es mía y, segundo, que puedo darla, perderla, sólo si es mía; y al darla me doy, me pierdo y, tal vez gozosamente, me encuentro.

Escoger mi vida es difícil. Primero hay que acoger la vida, asumir la vida; segundo, identificar la autenticidad de “mi” vida. La necesidad de identificación racional y afectiva exige diálogo, confrontación, comunicación y soledad. Escoger mi vida exige

decir SÍ y NO. Decidirse a habitar la propia vida es escoger el camino de ser feliz sabiendo que por la vida pasa el dolor y el gozo, y que no puedo huir de mi propia vida cuando aparece el fantasma del dolor, ni puedo alienarme en el supuesto gozo. No es fácil saber gozar ni saber sufrir viviendo en coherencia y en fidelidad a uno mismo y a las causas a las que he entregado mi vida. Escoger mi vida es un imperativo de la persona madura, pero sabiendo que es relativo a tiempos, crisis, momentos; es importante saber desdramatizar. Elegir sin grandilocuencias que desfigurarían la verdadera talla de mi vida, importante pero no absoluta. Escoger es el prólogo de una existencia auténtica; pero no por elegir no me voy a convertir en el ombligo del mundo. La obsesión autorrealizadora muchas veces me lleva a erigir un monumento a mi propio yo, y entonces, más que escoger mi vida, estoy escogiéndome a mí, aún a riesgo de no vivir ni vivirme.

El perfeccionismo es una incapacidad de elegir. Es verdad que en la cultura actual tenemos tan inmensa pluralidad de modelos que dificultan una coherente elección. Pero, al mismo tiempo que la dificultan, la posibilitan como libre. Es decir, la pluralidad de modelos hace difícil el acto de escoger, pero me garantiza que la elección será exactamente, o lo más aproximadamente posible, lo que yo quiero para mí. Es más fácil comprar en la tienda del pequeño pueblo que en el gran almacén de la ciudad; y, sin embargo, aunque sea más fácil elegir, no por eso es más fácil acertar. Escoger mi vida es escoger las conductas, la acción que más autenticidad acarree en el diálogo con la realidad, en un diálogo que me dará información sobre mis capacidades, motivaciones, valores. Escoger la acción a sabiendas de que soy más grande que mi acción, que mi vida no cabe en mis hechos aunque se exprese a través de ellos.

6. Fe en mí mismo. Fe en Dios.

Escoger mi vida supone creer en mí mismo. Esta fe en mi propia persona es necesaria para creer en Dios. En un plano creyente, escoger mi vida está presuponiendo este lenguaje del Dios Creador y Padre: "Hijo, estás equipado por mí para tu vida, pero *sólo* para tu vida. Tienes todo lo necesario para vivir tu propia aventura personal, para ser tú mismo y realizar así mi sueño sobre tí". El dicho rabínico nos recordará que al final de la vida no se nos pedirá cuentas por no haber sido Moisés, sino que se nos preguntará sencillamente por qué no hemos sido nosotros mismos. Es como si Dios nos equipase para ir a la montaña, emprender una arriesgada escalada, y nosotros, con ese equipo, vestidos extrañamente, pasaremos las vacaciones en una calurosa playa. Estamos equipados para nuestra vida, y nuestra tarea es descubrirla y aprovechar todos los recursos para ella. Escoger, en el ámbito de la experiencia cristiana, es discernir. Supone cribar las motivaciones, las cualidades, las alternativas, escuchar el susurro más hondo de nuestro espíritu, dialogar con la realidad y los signos de los tiempos y orar, contemplar la presencia de Dios en mi existencia como llamada en Jesús al servicio de su Reino. Buscar y hallar la voluntad de Dios es la posibilidad de escoger nuestra propia vida en una dimensión creyente, sabiéndonos habitados por Alguien que nos llama por nuestro nombre.